

1891-1981



EL PAIS VASCO-NAVARRRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO II.—ÉPOCA 2.ª

2. DE ABRIL DE 1871.

NUM. 25.

LAS ACTAS ANTE LAS CORTES.

Los gobiernos que se intitulan representativos, representan intereses, pero no los intereses de la justicia, no los intereses de la sociedad, no los intereses de los pueblos; intereses santos y respetables que nunca deben dejarse sin defensa, sino otros intereses más mezquinos y menguados, otros intereses más egoistas, otros intereses más bastardos, los de una ambicion desenfrenada y los de una codicia sin límites; en una palabra: el poder y el presupuesto.

Y es preciso que seamos francos: es preciso que confesemos que la bandera de gobierno representativo es bandera de simpatía y de atraccion, bandera de derecho, bandera de proselitismo. Por eso arrastra con magia irresistible á la juventud en su inesperienza, por eso fascina á los hombres de sinceridad, por eso ha conseguido imperar en el mundo, siquiera sea para matar ilusiones, para desvanecer esperanzas y para labrar su ruidoso descrédito.

¿Qué significa en la esfera experimental, en el terreno de los hechos,

en la escena real, la bandera del sistema representativo?

Un orador parlamentario, á quien no por pertenecer al partido democrático negaremos su elocuencia y su ilustracion, dijo con gran oportunidad en las Córtes dirigiéndose á un ministro:

«Dadme el ministerio de la Gobernacion, y vendrán al Congreso los hombres de mis ideas.» Si estas no fueron sus palabras literales, espresan al menos su concepto. Y sus palabras entrañan gran verdad, sus palabras sintetizan una gran esperiencia política, sus palabras prestan gran enseñanza. Pero ni esa verdad, ni esa esperiencia, ni esa enseñanza sirven de leccion á los incorregibles del sistema representativo, á los que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, á los que la presencia de hechos solemnes y gravísimos que demuestran la ineficacia del sistema llamado representativo para el gobierno de los pueblos, le entonan himnos de entusiasmo y le elevan á dogma político, considerándole como el supremo bien de las naciones.

Si la historia del sistema representativo no descubriese el vicio de que adolece y el gérmen destructor que

entraña, los recientes acontecimientos electorales que acabamos de presenciarse, sin asombro y sin escándalo, porque no nos han sorprendido, nos demostrarían hasta la evidencia que el procedimiento electoral en la forma adoptada por el liberalismo es un procedimiento de monopolio, es un medio de conservar el poder, es un recurso para conquistar el presupuesto.

Efectivamente: la descentralizacion administrativa, que era el bello ideal de la revolucion en sus promesas, ha sido el más cruel desengaño de los optimistas al ver el lujo de centralizacion que se ha desplegado en las últimas elecciones.

El enemigo más encarnizado del sistema representativo no hubiera ideado un medio más eficaz de desacreditarlo que el de recurrir al ejército y servirse de su disciplina para significar la voluntad nacional.

Por otra parte, ¿á qué partido pertenecen los muertos que, segun la prensa, pasan de ciento, y los heridos cerca de mil, que han resultado de la campaña electoral? ¿Eran hombres de la situacion ó adversarios del gobierno?

Si es cierto que esas víctimas de la



Al eco ronco de rugiente ruido?...
 Rásgase el velo que los templos cubre,
 Y caen derribados
 Los ídolos, y braman á porfía
 Los mares que se agitan encontrados,
 Los muertos se alzan de la tumba fria,
 La luz se esconde y el planeta encubre
 En las tenebras de la noche úmbría...
 Y allá en los senos... vagaroso... incierto
 Un eco se oye que repite... ¡HA MUERTO!!!
 ¡Ha muerto...! por nosotros!... ¡La cabeza

Inclinad sobre el pecho; la rodilla
 Doblad á su grandeza!...
 Hoy que en el templo brilla
 De Redencion el signo sacrosanto;
 Hoy que la luz de la verdad sencilla
 El Evangelio santo
 Propaga, oh, Jesus mio,
 Y lleva de tu pueblo al pueblo impío,
 ¡quién no se postra con amor profundo
 Ante la Cruz del Redentor del mundo?

SILVERIO FALCON.

FUE POR LANA...

¿Ustedes conocen á D. Inocencio Borrego? ¿No? Pues vean Vds. su fotografia, que por más señas me costó doscientas milésimas de escudo.

Merece á la exactitud del parecido, aparece impresa en el *fac-simile* la época de su venida al mundo.

Su edad, cincuenta y cinco años, once meses, veinte y nueve dias, veinte y tres horas y..... no quiero apuntar los minutos, porque podría equivocarme en alguno, y me he propuesto ser verídico narrador.

Cara, con unos mofletes de queso de bola, partido en dos.

Ojos, cuyo rádio mayor es muy pequeño, y cuyo rádio menor es muy grande, lo que en el lenguaje de todos los dias se expresa diciendo que son redondos.

Cejas, vocativo *caret*.

Nariz, en forma de una patata mal hecha.

Boca, como la del Rhódano.

Orejas, como las del Rey Midas.

Frente, Dios se la dé.

Pelo, de tonto.

Pescuezo, de toro de Veraguas.

Gran pecho.

Espaldas... si serán de tamaño, cuando todo lo echa á la espalda.

No se vé más del retrato, porque es de medio cuerpo; pero sé de buena tinta que lo que resta del cuerpo de Borrego está en carácter, como diría un artista.

Señas particulares: ha sido regidor de su pueblo, lo menos, menos dos veces, y estuvo en un tris que no fuera alcalde una vez.

En la estafeta de un pueblo de la montaña—D. Inocencio es montañés—se recibió un dia del año pasado una carta para D. Inocencio Borrego. ¡Una carta! No recordaban los nacidos que aquel hombre hubiese tenido otra, desde que Dios le envió á este mundo.

La carta era del otro mundo—no hay que asustarse,—me refiero al nuevo, ó sea á aquel que cupo á Colon la gloria de descubrirlo, y á más de cuatro españoles la suerte perra de que lo descubriera.

Un hermano gemelo de D. Inocencio, que habia marchado á Méjico allá por el año treinta, y de quien no se supo si llegado habia, chico muy listo, casi, casi, tan listo como su hermano, escribia á este, que cansado de hacer dinero—cabe la duda de

si fué monedero falso—volvía á España á gastarlo alegremente.

Otro dia, no sé si de aquel mismo año, ó del siguiente, hubo tambien carta para el bueno de Borrego. ¡Ya eran dos!

Su hermano habia llegado á Madrid, y queriendo echarla de jaque, salió un dia de esos, ó de aquellos, que corre en la villa del oso y del madroño un vientecillo que no apaga un *gas mille*, pero que mata á un borrego, salió, digo, ese dia á paseo, con pantalon blanco y futraque, y al siguiente hizo rumbo para el otro mundo.

Como no se esperaba que volviese de este, á donde ahora habia ido, como habia vuelto del otro al cabo de cuarenta años, salvo error de algunos dias, un señor de grandes campanillas anunciaba á D. Inocencio la triste nueva del fallecimiento de su hermano y la nueva satisfactoria de que habia allí para él un número tan crecido de onzas mejicanas, que bien podrian cargarse con ellas dos mulos manchegos.

Nuestro hombre era todo un filósofo: no hacian mella en él, ni las calamidades públicas, ni las privadas: era la antitesis de Bruto, y, sin embargo, preciso es confesar que tenia muchos puntos de contacto con este ser..... irracional.

Peró en cambio le hacian tilin las noticias de buena ley, y dicho se está que siendo mejicanas las peluconas, serian de buena ley, y no hay que decir que harian *tilin* en los bolsillos de su gran zamarra.

Consultó con el cura y el cirujano del pueblo sobre el partido que deberia tomar en trance tan apurado, y despues de oírles, tomó el que le aconsejó la almohada, si es que habia almohada en la cama que dormia D. Inocencio.

Atravesado en el mejor cuadrúpedo del pueblo, hizo rumbo hácia Burgos, único camino que conocia, por haberlo andado hacia treinta años, y andando, andando, hizo su entrada una noche el futuro Creso en la ciudad.

¡Qué de propósitos bullian en su mente! Empezó por querer comprar todo el pueblo, y acabó por atreverse á comprar la casa en que él vivia. ¡Gran finea! como que un año bueno, con otro malo, rentaba lo menos, menos, diez escudos.

Fuése derecho á la estacion del ferrocarril, en la que no pudo entrar con su mulo, primero porque no se lo permitieron, y además, porque..... este además está de más: luego no hay sino borrarlo.

Despidiése del animal; del criado que le

acompañó no se dignó ocuparse, y entró como hombre que puede en la sala del despacho de billetes.

—Un billete.
 —¿Para dónde lo quiere Vd.? contestó el espendedor.

—¿Cómo para dónde?
 —¡Es claro! ¡lo quiere Vd. para Pekin acaso?

—No señor, para más lejos: para Madrid.

—¿De qué clase lo quiere Vd.?

—¿Cómo de qué clase?

—¿Primera, segunda ó tercera?

D. Inocencio hizo como que reflexionaba, y por fin dijo como hombre que sabia bien lo que se decia:

—De primera.

Afijó los cuartos, cogió el billete y se dirigió ó le dirigieron á la sala de espera.

Apenas entró en esta, se abrieron las puertas para el anden, y Borrego vió con asombro que llegaba un animal, muy grande, que dijeron era el tren.

Se hizo cargo de la situacion de los coches, y se metió, con el aplomo del que conoce el terreno que pisa, en el primero—su billete era de primera—es decir, en el furgon de cabeza.

Vió los baules y equipajes que habia en el departamento en que se habia metido, y nada le sorprendió, porque esto mismo habia él visto en aquella ocasion, muy notable de su vida, en que hizo su viaje á Burgos en galera.

Una vez dentro, entabló el monólogo siguiente:

—¡Ja, ja! Ya estamos aqui todos. Y en verdad que no somos muchos los viajeros, añadió tendiendo la vista en derredor. Ya se vé, los tiempos no son los más á propósito para viajar en los asientos más caros. Pues mire Vd., para ser lo mejor, no está muy arreglado esto, que se diga. Pero si que soy yo manco: ya lo pondré yo de modo que pueda ir hecho todo un señor.

Y acto continuo empezó á arreglar, ó á desarreglar, todos aquellos bultos y á ponerlos á su gusto.

En estas y las otras, sonó una campanilla.

Nuestro hombre, fiel observador de los preceptos religiosos, se quitó el sombrero y se arrodilló más pronto que lo digo.

—Pues lo que es ese, pensó cuando supuso que el viático se habia ya alejado, hace el pobrecillo un viaje más largo que el mio, Dios le perdone.

Y volvió á su faena interrumpida de des-arreglar lo arreglado.

Poco despues se dejó oír un silbido.

—¡Canario! exclamó D. Inocencio, aplicando el oído: maldita la gracia que me hacen estas señas, y menos á altas horas de la noche. Así es como se entienden los ladrones.

El tren se puso en marcha, y un minuto despues se abrió la portezuela del furgon. Un empleado de la línea asomó la cabeza, y preguntó en tono gordo:

—¿Quién anda ahí? y antes de que concluyera la frase, cerró la portezuela de golpe, añadiendo: ¡Ah perro! ¡Lo que es ahora no te escapas!

Borrego volvió la cabeza al ruido que hizo la portezuela, y dijo en tono de chunga:

—¿Estamos seguros?

Un cuarto de hora despues, en el momento que D. Inocencio, acomodado entre dos baules y un saco de garbanzos, empezaba á respirar fuerte, dejóse oír un silbido, tan agudo y penetrante, que llegó á sus oídos, y eso que estaban casi tan cerrados como sus ojos.

—¡Dale! La verdad es que no me hacen maldita la gracia estos silbidos á tales horas.

Un minuto despues paraba el tren, y nuestro hombre se incorporó, presagiando algo malo.

En aquel mismo momento se abrió la portezuela del furgon, y dos ó más voces dijeron á la vez:

—¡Alto! Si te mueves, te rompemos el bautismo.

Borrego miró hácia el lado por donde salían las voces, y creyó distinguir dos bocas de fusil.

—¡Ya pareció aquello! dijo para sus adentros.

—¡Abajo! añadió una voz bronca; y el atribulado viajero creyó cumplir lo que le ordenaban echándose boca abajo.

—¡Que se esconde! gritaron de afuera, creyendo efectivamente que D. Inocencio trataba de ocultar el bulto.

—¡Fuera te se ha dicho ¡perro! exclamaron dos ó tres voces, y al mismo tiempo sintió una insinuación muy poco suave, entre la rabadilla y las caderas, salvo la parte.

Hizo lo que con tan buenos modos le exigían.

Una vez fuera del carruaje, se vió rodeado de una porción de hombres, entre los cuales se destacaban en primer término dos guardias civiles.

—Vea Vd. el disfraz de que se valen estos bribones. ¡A qué tiempos hemos llegado! pensó Borrego cuando vió á los guardias.

—¡Picaro! ¡Ladron! ¡Matarle!! gritaban alrededor suyo, y D. Inocencio, que veía todo aquello muy oscuro—como que era media noche,—empezó á creer que iban á *alumbrarle*.

Maniatáronle fuertemente, y entre silbidos, insultos, y alguno que otro empellon,

nada flojo, le encerraron en un cuarto bajo, vulgo cuadra, de una casa próxima á la estación.

Allí permaneció aquel Borrego toda aquella noche, que por señas no fué de las más cortas del año, pues el suceso tuvo lugar por el mes de enero.

A la mañana siguiente fuéronle á buscar, y el preso juzgó que le iban á dar pasaporte para el viaje largo, cosa que habia ya previsto y meditado sobre ella durante las largas horas de encierro, por lo que habia tratado de ponerse bien con Dios.

Su asombro creció de punto cuando, hallándose en presencia de un individuo que se daba todos los aires de un mandarin con cola y todo, le dijeron que era el alcalde del pueblo. ¡El alcalde! ¡Luego aquel era un pueblo de bandidos!

De las preguntas y respuestas resultó que la prision de Borrego tuvo lugar por creérsele autor de los robos que frecuentemente se hacían y siguen haciéndose en los equipajes de viajeros en el ferrocarril.

Convencido, empero, el alcalde de la inocencia de D. Inocencio, dejáronle inmediatamente la libertad de continuar su viaje, es decir, de emprenderlo de nuevo, con su pequeño aditamento, pues D. Inocencio habia tomado el tren que iba á Francia por el de Madrid, y se hallaba en aquel momento en Quintanapalla.

Y como las empresas no reconocen los billetes de un viaje para otro, tuvo nuestro hombre que volver á aflojar los cuartos para poder marchar, y aun así se dió por muy satisfecho.

Esta vez le arrellanaron en un departamento de primera, y, al encontrarse tan á su gusto, hizo propósito firme y aun juramento de no moverse de allí hasta poner los pies en Madrid aunque tuviera necesidad de hacer... una necesidad cualquiera.

Poco despues paraba el tren en la estación de Burgos, y D. Inocencio asomó la cabeza por el ventanillo para escamarse, viendo otro tren que estaba parado, y que á poco rato se puso en movimiento.

—Ya te conozco, dijo para sus adentros.

Pero no acabó de decirlo, de pensarlo, cuando sintió que se le venía el mundo encima, y cayó rodando en medio de sus compañeros de viaje que en el primer momento creyeron que le habia dado algun síncope; pero que pocos momentos despues prorumpieron en descompasadas risas.

Hé aquí lo que habia pasado:

Un chusco que iba en el tren que se habia puesto en marcha, al ver asomada aquella cara de luna llena, ó más bien al ver el embudo que llevaba puesto D. Inocencio, pues se me olvidó decir que D. Inocencio vestía de corto con sombrero de copa alta, pensó... ó sin pensarlo, le aplicó tal porrazo en la colmena, que la copa del sombrero no paró de bajar hasta que tropezó con la coronilla de la cabeza de Borrego.

Para evitar que D. Inocencio se asfixia-

ra, hubo necesidad de hacer con el sombrero la operación del trépano. Levantaron, pues, la tapa de la copa como se levanta el ojaldre de un *vol-au-vent*, y don Inocencio asomó la cabeza, preguntando todo azorado:

—¿Ha habido choque, señores?

—¿No lo ha conocido Vd.? le contestaron sus compañeros.

—¡Ah! es verdad; la pregunta es escusada. ¡Todo sea por Dios! Se conoce que estoy dejado de su mano.

Y el asendereado D. Inocencio se puso á pensar seriamente en que así que cogiera los patacones, en vez de viajar por el ferrocarril, volvería á su pueblo en un coche collera, tirado por seis, ó por cuatro, ó por dos mulas, segun el peso que tuvieran que arrastrar, y pensando, pensando... se le abrió la boca, y luego se le cerraron los ojos, y por último empezó á soplar fuerte, señas todas evidéntisimas de que no se hallaba en este mundo.

Algunas horas despues dió un brinco, y soltando un taco, echó mano á las pantorrillas, exclamando:

—¡Condenadas de pulgas! que no parece sino que tienen colmillos, segun muerden. En aquella cuadra las habia como javalies.

Pero despues de luchar un gran rato á tientas, comprendió que el enemigo no cedía el campo tan fácilmente, y abrió los ojos para atacarlo de frente.

Tendió la vista en torno y se halló solo; sus compañeros habian quedado en las estaciones, que para él habian pasado desapercibidas.

Tan cruda era la guerra que le hacían las condenadas de las pulgas, que resolvió acabar con todas ellas de una vez.

Se quitó el pantalon y empezó á sacudirle por el ventanillo.

Cuando más entusiasmado estaba dando porrazos al aire, ¡zas! se quedó con la boca abierta y sin el pantalon, que se le fué á la vía. Su primera intención fué abrir el ventanillo é irse tras su prenda; pero afortunadamente, no supo abrirle, y se resignó á hacer el viaje en paños menores.

Llegado que hubo el tren á la próxima estación, dos señoras trataron de subir al carruaje en que iba D. Inocencio; pero este, que no estaba en disposición de que le vieran, sacó por el ventanillo la parte del cuerpo *visible*, y empezó á gritar desahoradamente:

—¡Aquí no! ¡aquí no!

El jefe de estación, que acudió á los gritos, instó repetidas veces á Borrego para que dejase abrir la portezuela y permitiera subir á los viajeros; pero este, por toda respuesta no hacia sino manotear y gritar:—¡Aquí no! ¡aquí no!

Los empleados del ferrocarril concibieron la idea de que aquel hombre estaba loco, y le dejaron se fuera solo, pasando, empero, un telégrama á la estación inmediata, diciendo que iba un loco en un departamento de primera, carruaje número tantos, y que tuvieran cuidado con él.

Cuando el tren llegó á Avila, habia ya dos guardias civiles esperando á nuestro hombre, á quien no le valió ponerse á gritar:—¡Aquí no! ¡aquí no! porque amenazándole con las bocas de los fusiles, tuvo que ceder y dejar que abrieran la portezuela.

El estado poco honesto en que encontraron á D. Inocencio ratificó el concepto de loco que de él tenían formado. Pero las esplicaciones que dió este bastaron para convencer á todo el mundo de que estaba cuerdo, por más que tuviera motivos sobrados para no estarlo.

Como el baul de D. Inocencio habia marchado á Madrid, cuando marchó él con la espalda vuelta á la córte, hubo necesidad de prestarle un pantalon de un guarda, á calidad de devolucion.

Cuando llegó el tren á la intervencion de finde viaje, pidiéronle el billete á D. Inocencio. ¡Desgracia número mil y una! El billete se habia marchado con el pantalon, y como las razones que daba aquel para no tenerlo estaban *desnudas* de todo fundamento, tuvo que aflojar el doble del importe de su viaje, en conformidad con lo que la ley ordena.

Como se ve, el presunto Rotschild viajaba á lo gran señor, toda vez que pagaba tres veces más de lo que paga cualquier hijo de vecino.

A la salida de la estacion se le acercó un guardia civil, y, con los mejores modos, le pidió la cédula de vecindad.

D. Inocencio llevó maquinalmente la mano al bolsillo, sin acordarse que aquel bolsillo no le pertenecía, sacó un papel y lo entregó al guardia.

Este lo examinó, y dijo en seguida:

—Le ha pedido á Vd. la cédula de vecindad, y esta no es tal cédula, ni Cristo que lo hizo.

—¡Ah! ya. La cédula, decia Vd...

Y el bueno de Borrego volvió á registrar sus bolsillos y tropezó efectivamente con una cédula que el guardia leyó: D. Tomás Porsicuela, de veinticinco años de edad...

—Esta cédula es falsa.

—¡Cómo falsa!

—Sí, señor; Vd. no tiene veinticinco años.

—Pues no los he de tener, hombre de Dios.

—Sí que los tiene Vd., pero repetidos. Sígame Vd.

—¿A dónde?

—Ya lo verá Vd.

—Pero...

—Pocas palabras, si no quiere Vd. que le lleve atado.

Y Borrego siguió al guardia, marchando este detrás de aquel, que para el objeto es lo mismo, pues el orden de factores no altera el producto y el producto aquí era dejar á Borrego en el Saladero, y muy recomendado al alcaide, porque habia motivos fundadísimos para creer que era pájaro de cuenta.

Ya se vé, el primer papel que D. Inocencio habia entregado al guardia, decia:

«Se presentará Vd. con toda su gente á la hora fijada,» y de aquí deducia el guardia que D. Inocencio debia estar metido en una que se iba á armar, y así lo creyeron el gobernador y los tribunales que empezaron la sumaria en averiguacion del hecho.

Atando cabos, llegó á saberse la verdad: la verdad era que el papel pertenecía á un capataz de guardas del ferro-carril del Norte, de quien era el pantalon, y que lo que en aquel se decia era una orden del jefe.

Pero para llegar á saberse esta verdad no se necesitaron más que treinta dias, los mismos que pasó D. Inocencio Borrego en la casa de poco trigo.

Cuando D. Inocencio se encontró en la calle, con la inmensa satisfaccion que está al alcance de cualquiera que sepa que, por si su inocencia no fuera notoria, habianle asegurado que no le serviría de nota la partida serrana que le habian jugado, cuando se encontró, digo, en medio del arroyo, echó á correr, como perro con sarten al rabo, á casa del depositario de las peluconas.

Pero como las desgracias son como las cerezas, que se enredan las unas con las otras, y se parecen á los magnates en que nunca van solos, esperaba á D. Inocencio la última, como si dijéramos, el *cazador* ó el negrito del séquito de males que le acompañaban, es decir, la más grande, la más negra de todas sus desdichas.

El banquero por quien habia hecho tantos sacrificios se encontraba enfermo: padecia una enfermedad tan contagiosa, que no podia vérselo: tenia el *sin-dineritis*. Los doctores en la ciencia de curar esta clase de enfermedades habianle aconsejado que tomase los aires de Villadiego.

Viendo D. Inocencio que no veria las amarillas, y que de quedarse por allí más tiempo, se quedaria sin blanca, tomó en el primer tren de aquel mismo dia un asiento de tercera clase, porque no lo encontró de cuarta, é hizo rumbo hácia su tierra.

Por el camino fué contando á un señor de levita y todo, que iba á su lado, las calamidades que le habian sucedido desde que se consideró un hombre poderoso, y, por consiguiente, el más envidiado y envidiable de su pueblo y cien leguas á la redonda.

El señor de sombrero y levita le escuchaba, sin que dijera esta boca es mia, y cuando, al llegar á Burgos, concluyó don Inocencio Borrego su tristísima narracion, diciendo:

—Mire Vd., de mil reales que saqué de mi pueblo, con más un sombrero, que no lo habia puesto más que una vez, desde el año cuarenta, vuelvo á mi casa con solo dos pesetas,

Contestó aquel:

—*Je ne comprende pas.*

—Eso digo yo—replicó D. Inocencio Borrego, con una cara de borrego inocente—que no hay para comprar pan con esta miseria.

Cuando llegó á su pueblo, el que de él habia salido sin que dijera á su criado: por ahí te pudras, le alargó la mano diciéndole:

—No creas que soy orgulloso. Aquí me tienes lo mismo que cuando marché.

Lector, tú sabes si D. Inocencio Borrego decia la verdad.

SABINO DE GOICOECHEA.

UN PUÑADO DE MUJERES.

POR

Julio Nombela.

(Continuacion)

VI.

Pasemos á ocuparnos de Julia.

Julia era mujer de sociedad, pero no la mujer de mundo; era la jóven cariñosa, amable, que educada en la opulencia y habituada á ella, tiene esas maneras tan elegantes, tan dignas, tan elevadas.

Era la virgen de corazon, acostumbrada á recibir de sus amados padres lecciones de moral prácticas; ángel tutelar de los pobres y los enfermos, y consuelo de los afligidos.

Su alma vivia, por decirlo así, en un mundo de espíritus.

Julia no hablaba con su alma sino cuando prodigaba alguna frase cariñosa á la madre que miraba á sus hijos espirar de hambre en la miseria, y con sus auxilios los veia alimentarse y vivir y besarla; cuando encontraba otra alma como la suya, lo cual era difícil en la posicion que ocupaba, y al dirigir sus fervientes plegarias al Altísimo.

Entonces era su alma la que hablaba, y su voz parecia una música celestial, el acento de un coro de arcángeles.

En la sociedad hablaba á todos con dulzura, á todos los trataba con cariño; pero á su vez no dejaban de conocer todos que era superior á ellos, y la adoraban como los paganos al sol, porque la creian un ser sobrenatural.

Su rostro ayudaba mucho á comprender la dulzura de su carácter. Su rostro era... ¡oh! su rostro... no bastarian palabras para describirle. ¿Habeis visto una Virgen de Murillo, con aquel sello de melancolia y aquella espresion y aquellos ojos celestiales? Pues Julia se parecia á una Virgen del gran pintor, si no la sobrepujaba.

Su modestia era proverbial.

Sus padres la adoraban y la cuidaban, como el avaro sus riquezas.

Muchos habian solicitado su amor; pero ella les habia contestado:

—Yo no podré amar á ningun hombre, porque me parece que ninguno bastaria á contener mi amor ni á alimentar mi corazon. Sin embargo, á todos los aprecio como hermanos;—y no tenían otro recurso que ser hermanos de aquella mujer, de aquella aparicion divina.

Emilio la conoció en la misma casa donde le presentaron para que hablase á Lau-

ra, y alcanzó su simpatía. Después, en los tiempos de su desgracia, fué una de las amigas que no le abandonaron.

Cuando Emilio la ofreció su amistad, Julia aceptó, juzgando que aquel cariño satisfaría en algo las aspiraciones de su alma.

Emilio era el amigo predilecto de Julia; distinción que le colocaba en un rango elevado para todas las visitas de la casa y para su familia.

Emilio alcanzaba también la predilección de Julia, porque comprendía las dulcísimas melodías que inventaba en el piano.

Insensiblemente fueron ligándose sus corazones, y no podían pasar mucho tiempo sin verse.—Cualquiera se habría figurado que aquello era un amor delirante; sin embargo, no era más que amistad.

X.

CONTINUACION DEL CAPÍTULO PRECEDENTE.

Conozcamos á sus amigas menores, de segundo orden, á sus amigas de conveniencia.

VII.

Entre todas, la primera era Eugenia, muchacha de unos 20 años, hija de un rico capitalista, de origen ayuda de cámara, lo que indicaba su buena suerte, y de su esposa, fresca doncella de labor en otro tiempo, y entonces señora de un opulento palacio.

Ambos esposos habían pasado juntos la pobreza y la servidumbre. La fortuna les proporcionó á un tiempo también sus riquísimos dones. Los dos vivían contentos, si no felices.

Como todos los que de la nada han pasado á la opulencia, eran gastadores, derrochadores.

Dos días á la semana, fonda; todas las noches al Circo de Price; los domingos á la Fuente Castellana; los lunes á los toros; el día de San Isidro á San Isidro; y así sucesivamente. Hé aquí el programa de su vida.

Eugenita se había criado en esta escuela, y acostumbrada al despilfarro, á hacer viajes veraniegos á los baños, á los sitios del real patrimonio, á todo género de diversiones, tenía una erudición genérica y un pico tan suelto á causa de su trato, que era el encanto de sus papás, la admiración de los amigos de la casa, entre los cuales los había de su cuerda, y otros de otra, adquiridos por el brillo y el fausto, y muchos de la aristocracia, á quienes adelantaba el fecundo capitalista crecidas sumas, que le pagaban con usura, ó que no le pagaban, porque de todo había; y últimamente, la envidia de sus amigas por el partido que tenía con los pollos, y porque era bonita, vivaracha y habladora.

Su padre, que quería justificarse á los ojos del mundo por haber hecho tamaña suerte, protegía á los desgraciados y á los artistas, no más venturosos.

Tenía su hija un profesor de piano que después de mucho tiempo y estudio pudo hacerla tocar la polka del *Cañon*, algunos fragmentos de zarzuelas y la nunca bien ponderada sinfonía del *Nabuco*, que maltrataba sin compasión.

El maestro se fatigó por sacar más partido de su joven discípula; pero al mirar lo infructuoso que era, se echó en el surco, abandonándola á su destino musical.

El bueno del papá le favorecía con un sueldo no despreciable, comprando de este modo, más que sus lecciones, su paciencia.

Tenía también un profesor de pintura, que se mataba en balde por enseñarla á dibujar ojos y narices, mientras la niña diseñaba caras informes, cuyas orejas estaban tocando con la boca, y cuyos ojos asomaban ya en la frente, ya en las narices, á discreción.

A estas cabezas las ponía dos rayas perpendiculares que figuraban el cuello; luego hacía un círculo irregular, al que llamaba cuerpo; de cualquier parte de él tiraba una raya oblicua saliente, á cuyo fin plantaba cinco guiones, y de la parte inferior del círculo hacía salir otras dos rayas, á cuyo fin pintaba botas; y hete aquí una de las obras maestras de Eugenia, que no podía menos de hacer reír á sus papás, que las enseñaban á sus centertulios, y de indignar al profesor, que tenía que reír también.

Tal es el martirio que pasan muchos artistas que, encadenados por la miseria, tienen que dar lecciones á personas como la amiga de nuestro Emilio.

Nuestro amigo universal había alcanzado la amistad de la niña, porque le gustaba la lectura de sus folletines, y el padre de Eugenia contaba con él para cualquiera diversion que proyectasen, por insignificante que fuera.

Emilio le distinguía entre sus amigas del segundo orden, porque era aficionada con extremo á sus obras, y porque su fondo no era malo, y porque la *sal*, la *vis* cómica de sus dichos le entretenía.

Escusado es decir que Eugenia era de las abonadas al Prado, y siempre vestía con lujo churriguereesco, y que por las noches ocupaba palcos en los teatros de verso y butacas en el de la ópera.

Era sumamente aficionada á la zarzuela; afición que disgustaba á Emilio, que en este punto no pensaba como gacetillero ni poeta, sino como hombre de juicio y pensador.—La rechazaba.

VIII.

Jacinta era otra de las amigas de segundo orden. Su madre había quedado viuda cuando apenas contaba siete años el fruto de sus amores, y desde entonces, constituida en su maestra, la dió una educación privilegiada; pero en cambio la satisfizo cuantos gastos se la pusieron en la cabeza, razón por la cual, cuando la niña tu-

vo 15 abril, no hacia caso de cuanto la decían, se burlaba de todos, se criticaba á sí misma cuando no tenía á quien criticar, y por consiguiente, su corazón estaba herido, y su imaginación casi vacía de ideas racionales.

Jacinta era hermosa como pocas; pero su hermosura era como la de esas flores que crecen en los verjeles con tintas y colores preciosísimos, pero sin aroma.

Su belleza fué causa de que muchos apasionados y otros encaprichados le dijeran dulces palabras, declarándole su *abreviado pensamiento*, como suele decirse en el lenguaje de los pollos, y no fué óbice para que les negase su sufragio. Tenía una conciencia muy ancha.

¡Dar calabazas es tan vulgar!... exclamaba cuando la reprendía nuestro héroe. Las dan los profesores á los discípulos en los colegios, y son una hortaliza muy común: den calabazas mis cofrades: yo no quiero ni puedo; pero tenía desfachatez para estar entre cinco amantes y hablar á todos y tenerlos contentos.

Emilio la ofreció su amistad, y ella aceptó por tener un confidente... un sultán... un comodín.... Con él se reía de sus amantes y de sus amigas: él era su amigo favorito.

Emilio la estudiaba con detención, y copiaba sus rasgos en las novelas que escribía para los folletines, y en los instantes oportunos la acriminaba su comportamiento para con aquellos jóvenes que, llenos de entusiasmo y de fé, la adoraban. A lo que respondía Jacinta:

—¡Adorarme! Sí, sí.... buenos son los hombres.... ¡para quien se fie de ellos!... ¡El mejor, asadito! etc. ¡Amor! No creo en el amor.

Todo esto lo había estudiado desde muy niña, y con una imaginación pobre, como la de la mayor parte, no se tomó la molestia de hacer un análisis de sus teorías, y las proclamaba porque las oía proclamar.

Como esta existen muchas que en este y otros puntos piensan de oídas, y á veces contrarrestan los impulsos de un corazón generoso y leal, porque no todas pueden acomodarse á un pensamiento generoso y leal que contrarie sus instintos naturales.

Pasó algún tiempo sin que Emilio visitase á Jacinta, por sus ocupaciones, y una mañana recibió un mensaje.

—La señorita, que vaya Vd. á las cuatro, dijo un gallego á quien Emilio conocía.

—Está muy bien, iré; le contestó.

Salió el gallego, y á la hora señalada Emilio abandonó su habitación para recibir las órdenes de su amiga.

—¿Qué quieres? la preguntó cuando se hallaron solos.

—Te he llamado, le dijo, porque me encuentro en una situación comprometida.

—¿Cuál es?

—Tú ya sabes que tengo relaciones con Luis y con su primo Antonio; que el oficial de artillería me mira con predilección y yo le pago; que en casa de la marquesa de la P. hablo con el vizcondesito y con el hijo

del banquero. Pues bien; uno de ellos ha llegado á saber que amaba á otro; éstos, á su vez, han hablado de mí, y la voz ha corrido de tal suerte, que los demás me piden esplicaciones. Ahí tienes esas cartas: esto me tiene sin humor. ¿Qué hacer?

—¿Qué hacer? repuso Emilio incomedado: debiste no haber hecho. ¡Cuántas veces te he dicho lo que iba á suceder!... ¡á qué tantos?

—¡Toma!... ¡por divertirme!... ¡Es tan natural tener novios!...

—¡Oh! sí, es muy divertido; pero encontrarse en una situación como la tuya, es muy delicioso.

—Tienes razon, y prometo enmendarme; pero ¿qué hacer ahora?

Emilio pensó, y un minuto despues dijo:

—Toma un lápiz y escribe.

—¿El qué?

—Una circular.—«Apreciable.... (aquí el nombre): he sentido muchísimo que haya usted dado lugar á que tome una determinacion decisiva.»

—Pero ¿qué determinacion?

—Escribe.... «El haberme creído capaz de amar á otros y engañarle, como Vd. supone con poco miramiento en su carta de ayer, prueba que no me ha conocido bien, en cuyo caso su amor de Vd. es mentira y no merecé mi correspondencia.»

—¡Bravo! dijo Jacinta, descansando un instante. ¡Cuánto vale un amigo como tú! Emilio solo le dijo:

—Continúa.—«Hemos concluido. Devuélvanme cuanto tiene Vd. mio, y olvidese para siempre de quien se ofrece á sus órdenes S. S. Q. S. M. B.»

—¿Concluimos?

—Concluimos: esta carta se la mandas á todos, y cuidado para otra vez.

—¡Oh! gracias, gracias. Haré lo que me dices.

—¡Adios!... Tengo que escribir mucho.

—¿Volverás?

—Puede ser.

—Pues ¡adios!...—¡Ah!... se me olvidaba: anoche llegaron de Granada tres amigos de la niñez, vinieron á verme, y dos se declararon.

—¡Diablo! ¿y tú?

—Yo.... los correspondí.

Emilio se iba á incomodar; pero soltó una carejada y salió filosofando sobre la mujer bajo la forma de su amiga.

De estas escenas tuvo muchas con ella.

IX.

Conchita era una de esas jóvenes educadas en beaterio, que pueden compararse muy bien con el teatro.—Para el público magnificas pinturas, ricos paisajes:—detrás de los telones, cuerdas, manchas de aceite y maderaje.

Conchita sabia algunos frases en latin, que prodigaba á todas horas; los santos del Almanaque, las fiestas móviles, las funciones de iglesia, y conocia de nombre á casi todos los predicadores.

Su erudicion era muy vasta: á cada ins-

tante sacaba á relucir episodios del *Vlos Sanctorum*, oia misa todas las mañanas y se confesaba mensualmente. Vestíase con hábitos, hacia hilas para los hospitales, etcétera, etc.

Tanta virtud llamó la atencion de Emilio, que habia oido decir que los beatos lo eran por conveniencia ó por desengaño, y al principio quiso explorarla para tener opinion propia sobre este punto.

Se hizo su amigo, presentándose como un espejo, y ella acogió su amistad con una dulcísima hipocresía.

Mas tarde supo que Conchita era fruto de un desliz, y que los que pasaban por sus padres no eran sino sus tios: supo que estaba perdidamente enamorada de un primo suyo, y supo otras muchas cosas que le hicieron, no desistir de su amistad, pero sí retirarse de su compañía.

Entonces conoció que la verdadera mujer virtuosa era Julia, que dirigia al Supremo sus plegarias con el lenguaje silencioso del corazon; que consolaba al triste y remediaba al necesitado con el mayor sigilo, y al mismo tiempo se afirmó en su creencia de que la religion, la virtud, no consisten en hacer novenas á los santos, en golpearse el pecho con fervor, sino en la pureza de acciones, en la rectitud de sentimientos.

Esto es todo lo más grande que puede exigirse á un jóven, que consagre en su corazon un altar á la Divinidad.

Si otra cosa os ponderan, es gazmoñería, hipocresía infame, que Dios condena, porque se cubren con su manto para pecar y envilecerse.

X.

Leocadia era una de esas jóvenes de regular belleza, pero sin fuerza de voluntad, una de esas jóvenes que van donde las llevan, que nunca se mueven por sí, que nunca piensan por su pensamiento, que rara vez hablan por boca suya; en fin, uno de esos tipos que se encuentran á cada paso en las calles de Madrid, y especialmente paradas delante de los escaparates de las tiendas de modas y de los tiroleses.

Contaba diez y siete años, y su mayor placer consistia en hacer vestiditos para muñecas y en ataviarlas con preciosos adornos.

Si le hablaba de amor una amiga coqueta, la escuchaba con atencion y tenia sus ideas como si fuesen obra suya; si era sentimental, apetecia un amante poeta.

Generalmente le gustaban los militares, más con dos charreteras que con una. Tampoco le pertenecia esta decision: era inculcada por sus padres.

Nunca faltaba á misa de ingenieros, y correspondia á las señas que le prodigaban los oficiales.

Cuando salia, contaba á sus amigas lo que no habia pasado. Para mentir era muy á propósito. Casi todos le declaraban su amor, todos le hacian señas, todos le daban epistolas, pero ella á nadie correspondia.

—Hoy he dado calabazas á tres, decia; y coreaba sus frases con estrepitosas carecadas.

—¿Qué desgraciada era! Emilio la conoció en una *soirée* del comerciante padre de Eladia y de Sofia. Las tres eran amigas, y por este solo título, y por estudiarla, y por divertirse con sus sandeces, la contaba en el número de sus asociadas.

XI.

Elena tenia 16 años, y su corazon no habia salido de la infancia.

Cariñosa con las personas que le erau simpáticas, apenas miraba á las que no lo eran.

Sus pensamientos inocentes se parecian á los de un ángel.

La pureza de sus facciones se hermanaba con la de su alma.

Reia con entusiasmo por la cosa más insignificante, y lloraba con todo su corazon por la muerte de un pajarillo.

De todo tenia idea; pero habia profundizado muy poco.

Elena era una esperanza: prometia la felicidad en el porvenir, la satisfaccion en el presente.

Cuando los niños la cercaban, volvía á sus primeros años y gozaba: cuando escuchaba la voz de la razon, la comprendia rindiéndole homenaje: cuando se despertaban en su alma los nobles sentimientos, sus ojos se animaban reflejándolos.

Era, en fin, una buena muchacha, á quien Emilio profesaba un cariño entrañable, porque miraba en ella los destellos de la inocencia, de que carecen casi todas las jóvenes de la última época.

Habia en el número de sus amigas otras de tercer orden, unas tontas enteramente, y otras un poco menos, y coquetas por imitacion: las unas tocaban el piano y bailaban; las otras no tenían más habilidad que para enternecer y conquistar corazones.

Otras tenían mamás ridiculas y papás avaros. Otras no tenían novios, y esto las fastidiaba; pero con todas era amable y todas le estimaban.

Emilio tenia *ángel* para con ellas, como dicen tan propiamente las hermosuras del Bétis.

XII.

ROSARIO.

Antes de concluir el bosquejo de las amigas de nuestro protagonista, vamos á dar á conocer á nuestros lectores otra de ellas, que hemós dejado para el último puesto porque representa uno de los más principales papeles de esta historia, y queremos que dure su impresion.

Rosario era su nombre.

No habia cumplido 20 años, y su naturaleza, desarrollada en extremo, la asemejaba á una mujer de 26 á 28.

Su arrogante figura y su talle flexible, la elegancia de sus maneras, su rostro moreno y un ligero bozo que cubria su labio superior, sus ojos negros y sus pobladas cejas, negras tambien como sus cabellos, indicaban que habia nacido bajo el ardiente sol del Mediodía; y así era la verdad, porque Utrera la vió nacer, y los murmullos de sus arboledas la adormecian en las noches de estio.

Sus padres disfrutaban un pingüe mayorazgo, y no tenían más hijos, por cuya razon la mimaron en sus primeros años, resabiándola para los últimos.

Ya sabemos lo que puede dar de sí un pueblo y la educacion que recibe en él una señorita cuyos padres son los más ricos propietarios.

Llena de defectos, con una pasion decidida por la critica personal, por la critica venenosa, fué á pasar dos años en la corte á principios de agosto de 1850.

En Madrid se fué domesticando. Cuando Emilio la conoció en una *soirée* y se hicieron amigos por ser hijos de un mismo suelo, no era la jóven que pasaba la tarde en su ventana burlándose con sus amigas de cuantos infelices acertaban á pasar ante su vista, sino la diestra y adorada andaluza que sabia rendir corazones y hacerse admirar entre lo más escogido de la sociedad aristocrática.

Rosario fascinaba: era una de esas mujeres que tienen su poder en los ojos, sin que sea posible resistir á su influjo; una de esas mujeres cuyas insinuaciones no se pueden desobedecer.

No se crea que esta disposicion era estudiada, sino natural; su génio desmentia su rostro.

Su trato era desigual y caprichoso: su corazon comprendia las grandes pasiones; pero se amoldaba á los más vulgares sentimientos.

Su talento, sin ser profundo, era escesivamente claro.

Antes de hablarla comprendia lo que iban á decirle: ningun obstáculo la acobardaba; para todos los casos apremiantes hallaba solucion, y por lo general era simpática.

Emilio fué su amigo por efecto de varias combinaciones, y poco á poco, por costumbre, llegó á profesarla un verdadero afecto.

Rosario lo sometia á su voluntad sin emplear grandes esfuerzos.

Nos faltaba decir que se habian dedicado á la jóven infinitos amantes, y que ella admitió á unos y despreció á los otros.

En los tiempos en que nos ocupamos estaba en relaciones con un oficial de caballería, llamado Federico, hijo de un brigadier muy apreciable, victima de su patriotismo y su valor.

Emilio no ignoraba estos amores; era, por el contrario, confidente y consejero de su amiga. Por otra parte, Federico tambien le confiaba sus amores.

Ya conocemos el pasado y el presente de Emilio: vamos á continuar su historia, ó mejor dicho, á concluirle, porque la novela de nuestro héroe terminó poco despues de su amistad con Rosario, que fué el castigo de su egoismo, y al empezar nuestro relato solo nos hemos prometido trazar la vida pintoresca de nuestro héroe.

XII.

UNA EXIGENCIA FEMENIL.

Una mañana estaba nuestro héroe muy pacíficamente sentado en su bufete apurando el clásico desayuno español, la consabida jicara de chocolate, cuando el criado le entregó una carta del correo interior.

La abrió y era de Rosario.

«Hoy me vá á suceder alguna cosa extraordinaria, le decia. Mi novio me ha pedido y mi familia me ha negado. Esto me desespera, y voy á ser capaz de hacer alguna calaverada. Te lo prevengo para que estés alerta y me prestes auxilio si fuese necesario.»

—Esta mujer es loca, se dijo Emilio, tomándose de un sorbo el chocolate que quedaba en la jicara. Todo lo espero de ella: veremos luego por dónde sale.

Aquella carta le puso triste, taciturno, y lo que es peor, le hizo olvidar lo que tenia que hacer.

—Este *ex abrupto*, dijo, ha trastornado mis ideas; yo sé que hoy tenia que hacer algo, pero ya no me acuerdo qué era. En fin, ¡cómo ha de ser! no ha de ser todo tortas y pan pintado; el que está á las maduras debe estar á las duras.

Se conformó con esta reflexion, encendió

un cigarro habano que la noche anterior le habia regalado uno de los aspirantes á una de sus amigas, se recostó en su butaca y esperó resignado los sucesos.

Llegó la hora de comer, y comió.

Dieron las ocho de la noche, y cuando ya cansado de esperar se disponia á marcharse, llegó un coche á la puerta de su casa, sonó la campanilla, y un instante despues entró en su cuarto una jóven cubierta con un velo, con un bulto en la mano, y azorada y convulsa.

Era Rosario.

—¿Qué te pasa?... ¿que es eso?... la preguntó Emilio, ofreciéndola una silla.

—Vengo volada.... exclamó la jóven.... se ha burlado de mí, me ha vendido.... él me las pagará....

—¿Pero quién?

—¡Ah! el infame.... ya te lo contaré todo. Ahora no hay tiempo que perder. Coge el dinero que poseas, tus alhajas, tus ropas; mételo todo en un saco de noche y sigueme.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

En el próximo número anunciaremos á nuestros lectores la resolucion que pensamos tomar para dar interés á nuestra publicacion.

Rogamos á los que están en descubierto se sirvan cumplir con la administracion, á fin de que podamos saber fijamente el número de suscritores con que contamos.

MADRID.—1871.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez, calle de San Miguel, 23.

Bases de la suscripcion.

EL PAIS VASCO-NAVARRO aparece todos los domingos, y consta de ocho páginas á tres columnas cada una. Puede hacerse la suscripcion enviando el importe de uno ó mas trimestres en letras del Giro Mútuo ó en sellos en carta certificada á la Administracion Central de Madrid, calle de Serrano, 14, tercero, ó á la sucursal de Navarra, en la Secretaria del Colegio de internos.

Precios de la suscripcion.

En España.....	3 meses.	12 reales.
	6 —	24
	1 año ...	48
En Cuba y Puerto Rico.....	6 meses.	3 pesos.
	1 año ...	5
América del Sur y Filipinas.....	6 meses.	4
	1 año ...	7
Extranjero.....	6 meses.	12 francos.
NÚMEROS SUELTOS.		
En España.....		2 reales.
En el extranjero.....		1 franco.
En Cuba y Puerto-Rico.....		4 reales.
En el resto de América, fijarán el precio los agentes.		

Puntos de suscripcion.

MADRID: Serrano, 14, tercero (barrio de Salamanca).
 PAMPLONA: Secretaria del Colegio de internos.
 VITORIA: D. N. Becerro, en el establecimiento tipográfico del Sr. Iturbe, San Francisco, 23.—Librería de D. Bernardino Robles.
 SAN SEBASTIAN: Librería de D. I. R. Baroja, plaza de la Constitucion.
 BILBAO: Librería de D. Juan E. Delmas.
 —Librería de D. Tiburcio Astuy.
 TOLOSA: D. Pedro Gurruchaga.
 HABANA: Propaganda literaria, Habana, 110.